

Iliá Ehrenburg

España, república de trabajadores



CRÍTICA

Ilya Ehrenburg

ESPAÑA, REPÚBLICA DE TRABAJADORES

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: Editorial Cenit, S.A., Madrid, 1932
Segunda edición: Editorial Crítica, 1976
Primera edición en esta presentación: febrero de 2015

España, república de trabajadores
Iliá Ehrenburg

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Испания, Республика рабочих*

© Iliá Ehrenburg, 1932

© herederos de Iliá Ehrenburg, 2015

© de la traducción, Nicolás Lebedef

© Editorial Planeta S. A., 2015

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9892-778-8

Depósito legal: B. 66 - 2015

2015. Impreso y encuadernado en España por Book Print

Contenido

<i>Prólogo del autor a la edición española</i>	7
I. «¡Arre, burro!»	11
II. El rascacielos y sus alrededores	15
III. Individualistas	21
IV. Los Jlestakov españoles	31
V. Cambio de nombres	39
VI. República de trabajadores	45
VII. Genealogía de las teas de Málaga	51
VIII. Los milagros	57
IX. Las Hurdes	63
X. ¿Qué es la dignidad?	69
XI. Extremadura	77
XII. Cinco encuentros	85
XIII. Sevilla	101
XIV. La Guardia Civil	107
XV. Dulzuras	111
XVI. Jerez	119
XVII. Consideraciones estéticas sobre Córdoba	125
XVIII. Un discípulo de Bakunin.	129
XIX. La despedida del marinero	135
XX. Granada	139
XXI. «Querer» y «esperar».	145
XXII. Murcia	153

XXIII.	Tertulias familiares.	159
XXIV.	El drama de los obreros	165
XXV.	Del hombre	169
XXVI.	Barcelona.	173
XXVII.	El epílogo español	181

I

«¡Arre, burro!»

PENASCOS, UN PÁRAMO rojizo, miserables aldehuelas separadas unas de otras por crestas severas, caminos angostos que acaban en senderos... Ni bosques, ni agua. ¿Cómo pudo este país gobernar durante varios siglos una cuarta parte de la Tierra, llevando a Europa y América con la furia de sus conquistadores y las alucinaciones sombrías de sus fanáticos? Una enorme meseta despoblada, barrida por los vientos. Soledad de una página en blanco. Solo en las estrechas laderas que bajan hacia el mar, inscribió la naturaleza los verdes pastos de Galicia y las huertas de Valencia. El país con que los oriundos del Norte sueñan como con un paraíso perdido es, visto de cerca, un país inhóspito y cruel. Su belleza es deliberadamente trágica, y la más simple delectación se convierte aquí en un crimen histórico.

La gente ávida e inquieta hace tiempo que abandonó España. De su vida de antaño solo conservan el idioma, ese idioma de Castilla en que dialogan ahora los reyes del bismuto y del nitrato, los petroleros de Venezuela, los explotadores de Colombia, los presidentes bufos, los opulentos tratantes de blancas...

Los que se quedaron aman a esta tierra con un cariño terco y majestuoso.

Los campesinos de Galicia, enloquecidos por el hambre, se hacían en las bodegas de los grandes transatlánticos pero, tarde o temprano, irremisiblemente acaban siempre por volver de la ruidosa y agitada América. Allí comían carne y presumían de zapatos

amarillos, pero ¡qué se le va a hacer! Vuelven a sus aldehuelas perdidas, a las largas noches sin luz, a los largos años sin fiestas, años enteros de ayuno... Del Nuevo Mundo no traen ni cariños ni ahorros. Su vida está recluida aquí, en esta tierra triste, soñolienta. Aquella vida no era más que jornalería, vanidad, mentira...

Pero ¿dónde no vive aquí la gente? Encaramada en la cima de los montes, entre vientos y tempestades, tiembla una cabaña mísera. Un débil calor humano lucha con el crudo invierno de León. En Almería, en Lorca, pasan a veces años enteros sin llover. Una tierra sórdida, resquebrajada; una niebla parduzca; un calor asfixiante, hambre... Pero entre las quebraduras de la tierra —¿quién sabrá para qué?— se guarece la gente, esperando, esperando la lluvia. En Guadix, la gente no mora en casas, sino en cuevas. Parecen reminiscencias atávicas de otra época; pero ¡quia!, no es más que una ciudad de provincia corriente, silenciosa, miserable, donde las cuevas son una prolongación de las casas. Los moradores de estas cuevas tienen que pagar un alquiler mensual a los «caseros». En los valles de Las Hurdes, la tierra no produce nada. Es una región maldita, manifiestamente maldita. Estuvo totalmente aislada del resto de España durante siglos. Recientemente construyeron por allí una carretera. Los hurdanos ya pueden escaparse de la tierra maldita. Pero no, no se marchan. ¡Cómo se pega a su tierra el hombre en España! ¡Qué difícil es de «descorchar»!

Sí, desde luego, en Valencia brillan las famosas naranjas con sus reflejos de oro; en Alicante maduran los dátiles; hermosos son los proverbiales jardines de Aranjuez; académicamente respetables las cepas jerezanas. Pero todo esto no son más que viñetas, no son más que los alrededores ricos de una gran ciudad pordiosera.

Montes, desfiladeros, peñas, un camino desierto. De pronto, sobre el camino se proyecta una sombra difusa. Un campesino montado sobre un burro. No conozco nada tan severo, tan majestuoso como el paisaje de Castilla. A su lado, hasta el Cáucaso parece algo construido, acabado. Castilla es la naturaleza en construcción. Se ven asomar las vigas, las piedras están desparrramadas. Aquí el mundo no está todavía acabado. Solo se adi-

vina la intención ambiciosa del arquitecto. La vivienda humana, rara e incomprensible, penetra en la tierra. Se esconde, como una alimaña, de las miradas indiscretas. Es del color de los pedruscos. Asustadiza, se recuesta contra ellos. Aquí no se ve por ninguna parte al llamado «rey de la naturaleza». En las peñas reina el caos. Todo es aquí gris, amarillento, sulfuroso, a veces rojizo.

El aldeano, a horcajadas sobre su burro, salió de casa por la mañana temprano. De los hombros le cuelga una manta peluda. Por los desfiladeros le acecha un viento helado que se le echará encima de un momento a otro. Ya está al caer la noche. Cautelosamente van agarrándose al camino las pacientes pezuñas del burro. Tiene las patitas delgadas, pero hechas a distancias increíbles. La cuadra está lejos. El frío arrecia. El hombre dice: «¡Arre, burro!». Parece un vibrante y recio grito guerrero. Las erres retumban. Pero no, no es un clamor, ni una orden. El burro avanza dócilmente. El hombre se siente huérfano y aburrido en este desierto. Anda una hora, dos, tres, anda todo el día, y charla con el burro. El hombre tiene que hablar con alguien. Larga y tenazmente repite: «¡Arre, burro!». El burro no le contesta. Solo responden sus patitas, trepando rápida y afanosamente. ¡Vaya frío! El hombre desdobra su manta y se emboza en ella como en una mortaja. Se ha hecho de noche. Solo se divisa la silueta, una sombra estrambótica, encapuchada, sobre un borrico. En el silencio de las montañas, siempre la misma cantilena: «¡Arre, burro!». Es como una interrogación al destino, al del burro, al suyo propio y, acaso, ¡quién sabe!, al destino de toda España.

La aparición de Madrid es de un mal efecto teatral. ¿De dónde han salido estos rascacielos en pleno desierto? Aquí no hay ni la majestuosa incongruencia de la remota capital del Norte, que ha llenado tantos tomos de literatura rusa. No hay más que incongruencia. En medio del desierto están sentados unos señoritos elegantes. Sorbiendo un vermut, discuten sobre quién habló mejor en la sesión de Cortes de ayer: don Niceto o don Alejandro. Les rodean la noche y los peñascos por donde trepan las sombras, y como un *ritornello* resuena el «¡Arre, burro!».

II

El rascacielos y sus alrededores

LOS ESPAÑOLES GUSTAN de asegurar que en su país pueden verse distintas épocas, sedimentadas como en estratos y sin borrarse unas a otras. Para un historiador del arte, puede que eso sea cierto. En cambio, el viajero que se interese, no solo por las catedrales, sino también por la existencia de los seres vivos, se encuentra con un caos, con un maremágnum, con una verdadera exhibición de contradicciones. Una magnífica calzada, por donde corre un Hispano-Suiza —el más lujoso automóvil de Europa, sueño de las «entrettenidas» de París, se fabrica en España—. Al encuentro del Hispano avanza un burro. Sobre el burro va sentada una campesina tocada con un pañuelito. El burro no es suyo. A ella solo le pertenece una cuarta parte del burro: su dote. El burro es propiedad de cuatro familias y hoy le toca el turno a ella. A ambos lados de la carretera se extiende una tierra plácida. Una moza arrastra por ella un arado de madera. El turista podría creer que se trata de una escena improvisada para una película, de una reconstrucción arqueológica, pero el flamante caballero, recostado en su Hispano, no se digna siquiera honrar a la moza con una mirada. Él sabe que aquello es un espectáculo cotidiano.

El señorito ha descansado en San Sebastián. En San Sebastián hay hermosas actrices de París y se juega al bacará. ¡Ya es hora de volver al trabajo! Esta mañana, las acciones de los Saltos del Alberche se cotizaron a setenta y seis...

¡Ya estamos en Madrid! Gran Vía. Rascacielos. Nueva York. Edificios comerciales de unos quince pisos cada uno. En los tejados, estatuas doradas, atletas desnudos, caballos encabritados. Letras eléctricas relampaguean en las fachadas. Unos tableros, intensamente iluminados, rezan: «Río de la Plata, 96», «Altos Hornos, 87». Debajo de los tableros pulula la fauna de Madrid. Todos los cojos, ciegos, mancos, paralíticos, esperpentos de España. Los que no tienen más que una mano, se pasan las horas muertas con la palma abierta. Los mancos tienden la pierna, los ciegos gimotean, los mudos se contorsionan. A veces, en lugar de la cara asoma la calavera. Entre los andrajos abiertos exhiben su mercancía al desnudo: úlceras, costras, carne podrida... Y allá, en lo alto, unos atletas de granito refrenan gallardamente a unos potros de bronce.

La Gran Vía es alegre y bulliciosa. Centenares de vendedores de periódicos vocean los títulos, altamente poéticos, de su mercancía: *La Libertad*, *El Sol*. Las plumas avanzadas escriben en la prensa sobre la filosofía de Keyserling y la poesía de Valéry, sobre la crisis americana, sobre las películas soviéticas. ¿Quién sabe cuántos analfabetos hay entre estos vendedores? ¿Cuántos semianalfabetos entre este brillante público que desfila? Todos los hombres van muy bien vestidos. No hay quien lo niegue. ¡Qué pañuelos! ¡Qué zapatos! En ninguna parte he visto hombres tan acicalados. He de añadir, sin embargo, que tampoco he visto en ninguna parte tantos niños descalzos como en España. En las aldeas de Castilla y de Extremadura, los niños andan descalzos con el frío y con la lluvia. Pero en la Gran Vía no; en la Gran Vía no hay descalzos. La Gran Vía es Nueva York. Es una avenida amplia y larga; sin embargo, a diestra y siniestra se abren unas rendijas sórdidas cuajadas de patios oscuros, donde resuenan los maullidos estridentes de los gatos y de las criaturas.

No hay villa ni villorrio de España donde no haya un ejército entero de limpiabotas.

El brillo de los zapatos de los españoles es algo indescriptible. En cambio, no abundan los baños. Y no por amor a la porquería, no; pues los españoles son un pueblo limpio. Es solo por

desidia. Los hábitos antiguos se han relajado y los nuevos no se han impuesto todavía. Algunos aprovechados han conseguido levantar aquí, no sabe uno para qué, una docena de rascacielos; pero en las vulgares casas de vecindad no hay baños. A nadie se le ocurrió pensar en esto.

En la guía de ferrocarriles pasma la superabundancia de categorías de trenes: hay, además del rápido, el «expres», el tren «de lujo» y de «superlujo». En cambio, el viaje de Granada a Murcia resulta complicadísimo. Solo circula un tren diario. El recorrido dura quince horas. Y el tren no es, precisamente, «superlujoso». Unos vagoncillos oscuros a punto de desencajarse. Badajoz y Cáceres, las dos capitales de Extremadura, separadas por una distancia de cien kilómetros. Un tren diario, ocho horas de viaje.

Cerca de Zamora se está construyendo la central eléctrica de los Saltos del Duero. Será la central más potente de Europa. En las orillas rocosas del Duero brotó una ciudad americana: dólares, ingenieros alemanes, guardia civil, huelgas, planos, números, millón y medio de metros cúbicos de energía para exportar, emisión de nuevas acciones, llamas, estruendos, fábricas de cemento, puentes maravillosos. ¡No es el siglo xx, es el siglo XXI! A menos de cien kilómetros de esta central eléctrica, no es difícil encontrar pueblos donde la gente no solo no ha visto nunca una bombilla eléctrica, sino que ni siquiera tiene idea de lo que es un barco de vapor. Vegetan en una atmósfera tan arcaica que allí se olvida uno completamente del curso del tiempo.

No hay ciudad sin su oficina oficial de turismo. De las paredes cuelgan polícromos carteles; en los armarios se guardan carpetas repletas de prospectos; los guías visten vistosos uniformes con banderitas: «Tenemos hoteles magníficos, un clima admirable, poseemos riquezas artísticas sin igual». Todo el mundo sabe que España es el país del arte. Aquí, cada casa es un museo. Al enseñar a los turistas las viejas iglesias, los guías no se contentan con despertar el entusiasmo estético del visitante. Saben tocar también la fibra de un cervecero de Núremberg o de un tendero de Burdeos: «Miren esta custodia. Piedras preciosas de verdad. Un millón de pesetas...». Los vasos de oro de la catedral de Bur-

gos valen millón y medio de pesetas. La Virgen de Valencia se alhaja con collares y otras chucherías por valor de dos millones exactamente. Los turistas suspiran piadosamente. En Zamora, enseñan a los turistas una capilla románica. Está rodeada de patios y otras construcciones. Para llegar hasta ella hay que atravesar por un gran asilo de niños. Es la hora de la comida. Unos doscientos niños. El asilo está regentado por monjas. Al ver a los «señores», los niños, asustados, se ponen de pie. Son hijos de la miseria. Algunos son, además, hijos de los curas de aldea, que consolaron prolijamente a sus desgraciadas amas. Los niños van vestidos con unos sayales toscos y andrajosos. De una especie de palanganitas oxidadas cogen con cucharas el rancho, agua caliente con unas cuantas habas nadando. Si uno de los turistas, por acaso, se indigna, el guía explica: «Un país pobre... No hay medios... Por aquí, señores... A la derecha...». La estatua de la Virgen. Un cofrecito recamado de esmeraldas. Una colección de tapices que valen cuatrocientas mil pesetas...

En las Cortes, se discute el tema del divorcio. Radicales y socialistas se esfuerzan por eclipsarse mutuamente con sus atrevidos discursos. Sobre los pupitres de los diputados se ve la legislación soviética sobre el matrimonio. Los oradores citan a Wells e incluso a Marx. En casa esperan a los audaces diputados sus legítimas esposas. Siguen, como antaño, dócilmente preñadas, trajinando todo el día con la prole. Se pasan el día entero en el harén, igual que antes. Los maridos citan delante de ellas a Marx. Entre dos sesiones nocturnas, los maridos cumplen de prisa con sus deberes conyugales y luego se van al café a impresionar a sus nada tímidos contertulios con la osadía extraordinaria de sus ideas.

En Badajoz, cuando entra en el casino una señora, todos los venerables parroquianos se levantan. Es un pueblo de caballeros. De vez en cuando, en Badajoz, como en otras ciudades de España, los «caballeros» pegan a sus esposas. La galantería y las palizas son homenajes tradicionales del «caballero».

En España, no hay que fiarse nunca de los anuncios. «Librería Religiosa»: os asomáis al escaparate y veis a Lenin, a la Ko-

lontai, *El Diario de Kostia Riabazev*. ¿Una cooperativa socialista? Pues detrás de la luna se exponen unas estatuitas de yeso: santa Teresa, corderitos pascuales...

En la aldea de Sanabria. Es el día de difuntos. La muchedumbre, aterida, se pasa las horas muertas en la calle. Velas, preces. La Edad Media. Después de saciarse rezando, el arriero monta sobre su burro. El burro se resiste. Entonces, el rezador grita: «¡Me “estornudo” en la Virgen María!». (Bueno, no es precisamente un «estornudo», pero la reproducción exacta de la palabra no me parece muy conveniente.) Este arriero no parece tener una gran fe en la resurrección de los muertos. En cambio, está muy seguro de que, insultando bien a la Virgen, el burro andará derecho.

En Sevilla, durante las procesiones de Semana Santa, rara es la vez en que los piadosos feligreses no arman gresca. ¿Qué Virgen es la mejor? «¡Mi Virgen es la verdadera Madre de Dios! ¡La tuya no es más que una p...!», se lanzan unos a otros a la cara. En el pasado mayo, los españoles prendieron fuego alegremente a unas cuantas docenas de iglesias. Pero quedan centenares de miles sin quemar. El viernes, Pedro González iba con los que incendiaron la iglesia de Santo Domingo; pero el domingo —no sé si por costumbre o por aburrimiento— se fue a oír misa a la iglesia, todavía intacta, de San Benito.

Conozco a un pintor español. Su arte ha provocado una verdadera revolución. Su nombre es tan respetado por los futuristas de Moscú como por los coleccionistas de Filadelfia. Es hombre, no solo de gran talento, sino indiscutiblemente valiente. Sin embargo, basta pronunciar en su presencia la palabra «culebra», para que enseguida, a hurtadillas, sin que le vea su interlocutor, empiece a menear dos dedos por debajo de la mesa. Un profesor de psicología que hizo un viaje a Moscú siente un miedo mortal ante los tuertos. Dice que atraen la desgracia...

En España abundan los intelectuales avanzados. Están enterados de todo. Han leído el programa de la asamblea de Jarkov. Conocen a los «populistas» de París y la última película de Eisenstein. Lo único que no conocen es su propio país. No se dan

cuenta de que no es el surrealismo, ni la literatura proletaria, ni las modas parisienses lo que tienen delante, sino un desierto sombrío y salvaje, pueblos donde los campesinos hambrientos roban las bellotas, comarcas enteras pobladas de degenerados, tifus, malaria, noches sin luz, fusilamientos, cárceles parecidas a las antiguas mazmorras. Toda la tragedia de un pueblo paciente, pero doblemente amenazador en su paciencia.